

CAPITULO VI

Junio.

¡Oh! ¡admirable *Carrozza di tutti!* Con el exceso de calor que hace y que obliga á mucha gente á llevar descubierta la cabeza, ábrese para mí un nuevo campo de estudio: el de las cabezas, pues en ninguna parte como en las jardineras se puede dar mejor observatorio para nuestros ojos, ya que en plena luz es fácil observar los defectos y las buenas cualidades de los semejantes. Algunas cabezas hay que, vistas al pasar desde la calle, podemos creer que están en buen estado. cuando vistas desde el observatorio que os digo aparecen claramente con todas sus miserias y deficiencias. Algunas tristes, peludas, que guardan un mechón de pelos como una divisa suprema, como se yergue sobre un campo en ruinas un pequeño grupo de árboles; cabellos llevados desde la nuca hasta la frente, en forma de sauce, lloran sobre la tumba de los sesos: pelucas mal puestas que un brusco movimiento ladea, revelando que la cabeza que la lleva no va vestida con ropa propia. Todas esas misérrimas invenciones de la edad senil para ocultar los desgastes del tiempo, surgen de una vez ante los ojos del que examina las cabezas de sus vecinos, desde

la plataforma de un tranvía. Se ven allí, y se descubren en seguida, las tinturas de pelo blanco, por la raíz de un negro lúgubre que dan un aspecto duro y extraño, y los rostros que llevan el adorno de esas cabelleras aparecen á los ojos del espectador, con el aspecto que tiene una esquila mortuoria. Todos cuantos os teñís, tened en cuenta que el tranvía es muy traidor, y guardáos de él. ¡Qué cosa más lastimosa y cómica al mismo tiempo, ver subir á un tranvía, con cuidado sumo, agarrándose con mano temblorosa, y descansar luego de un golpe sobre el banco, como si estuviera cansado por el esfuerzo, un hombre con la barba y el pelo negros, como si fueran de un joven de veinte años! ¡Cuántas vejeces se revelan contra la Naturaleza! ¡cuántas que se revelan sin que nadie quiera siquiera descubrir su secreto! ¡Cuán pocas gentes son las que saben envejecer en santa paz! Descubrí también el secreto de algunos personajes de nota, adversarios míos encarnizados, maestros en el arte de la tintura, de los cuales no sospechaba la superchería. Podía tomar con tal motivo una venganza política; no lo haré. Pero no por generosidad, lo confieso. No lo hago, porque respetando el arte que profeso, no me atrevo á denunciar... el arte ajeno.

*
* *

Emprendí también, al principiar Junio el estudio acerca de los sombreros, atraído por la variedad infinita que se ve florecer en el tranvía

en tal estación; estudio que, en el fondo, me fijaré bien, como en el estudio de las cabezas. Y así, rápidamente, haré una primera clasificación: sombreros amorosos, sombreros soberbios, sombreros austeros, graciosos, impúdicos, prepotentes, tremendos. Casi todos tienen un lenguaje sincero ó falso del cual las flores son las palabras. Aquí se advierten grandes rosas abiertas que parece que se ofrecen; mazos de violetas que atraen insidiosamente las miradas y los deseos hacia el sombrero en que se esparcen uniones que parecen antitéticas, los cuales parecen dar idea de que la que los lleva sobre el sombrero debe tener una inteligencia desordenada; flores demasiado pomposas que parecen indicar amores mal comprimidos; flores modestas y solitarias que expresan el sentimiento de un amor secreto y constante. Todas las pasiones, las ilusiones todas, todos los caprichos de todas las edades de la mujer, aparecen en aquella fiesta de las flores, en aquellas infinitas combinaciones de plumas, de tul, de frutas, rizos de cosas sutiles, diáfanas, ondulantes y temblorosas, que parecen una vegetación vivaz que tenga sus raíces en el cerebro. Y aquellos sombreros despiertan la fantasía y hacen ver y sentir mil cosas diversas: sueños de imaginaciones juveniles y amorosas, relaciones adulteradas *ad usum mariti*, suspiros dolorosos de condenado, embrollos conyugales, concesiones conyugales que acaban en una caricia, economías gastronómicas de anacoreta, largos trabajos hechos en casa gracias á unas manos pacientes é industriales, interrumpidas de pronto por el llanto de los niños, el sonar de la campanilla de los acreedores, y por toda suerte de pequeñas miserias domésticas. Pero en el tranvía todo eso ríe, llora y disimula. Bajan mazos de rosas y pensamientos; suben mazos de amapolas y peonías; se encuentran y con-

funden ramos de heliotropo y geranios, flores de todas las estaciones, de jardín y de campo, guirnaldas, coronas, ramilletes, grupos de dos ó tres flores orgullosas, sombreros á la marinera, á la Rembrand, á la Trianón, á la Rosa Lyra, cada uno de los cuales dice algo y forman entre todos como una detestable y embrolladora algarraba que, sin cesar, parece que murmuran y suspiran y gritan:—Busco un marido.—Busco un amante.—Yo tengo un amante.—Admírame.—Respétame.—Espera.—Desespera.—Os lo suplico.—Os lo mando.—Soy un ángel.—Soy un diablo.—Soy una infeliz.—Sígueme.—Quédate ahí.—El mundo es mío.—No valgo nada; mirad á otra, os lo ruego.

*
* *

Es un estudio agradable, pero interrumpido en demasía por inconvenientes graves propios del tranvía. Algunos de esos experimenté yo en los primeros días de Junio, y otros me acostumbré á temer viendo que los sufrían mis prójimos. Sentarse en un tranvía junto á una bella pecadora perfumada, de la cual se guarda el perfume durante veinticuatro horas, por lo menos, y produce una cefalalgia encontrarse sentado en medio de dos amigos desconocidos que traban una conversación vivísima, cruzando sobre vuestros rostros su hálito no siempre puro; sentir pasar por encima de vuestros callos una familia entera pa-

ra la cual los pies de los demás son *res nullius* sin poder siquiera decir nada, porque lo primero que hacen al pisar es murmurar un «usted perdóne», con lo que no tiene uno más remedio que contestar con una sonrisa. Esta y otras cosas más desagradables todavía, como por ejemplo: tener detrás de uno á un fumador empedernido, que lo primero que os planta en el rostro es una bocanada de humo de su cigarro, que arde como si estuviera en pleno infierno. Todo eso me sucedió en tanto que practiqué éste y los estudios que siguen en los carruajes de las redes del tranvía. Todavía hay una desgracia peor que ésta. La encuentro marcada en mi cartera, diciendo así:—«5 de Junio. Las tres de la tarde. Jardinera de la calle Niza. Tengo el poeta cerca de mí.»—No le había visto; de repente sentí su voz junto á mi oído. Me había sentado delante de él. La jardinera estaba llena, era imposible huir. Pasó en seguida á vías de hecho. Era un soneto archilleno de *eses*, un zumbido intolerable, una sucesión de sílabas sutilísimas que me penetraban en los sesos como si se hubiese agitado junto á mi rostro un puñado de serpientes rabiosas. A los vecinos que no estaban en el secreto de sus palabras debía parecerles yo un amigo infiel á quien otro hiciese una serie de reconvenções por las malas partidas que hubiese cometido y de las cuales no pudiera yo disculparme, ó que me contara en secreto alguna aventura un tanto indecente que yo saborease con recogimiento. ¡Vergonzoso suplicio! Aquella boca implacable que al principiar cada verso se me acercaba más y más al oído, parecía la boca de una pistola. «¡Breve y amplísimo!» Mentiroso. Aquello no era ni amplio ni breve; no acababa

nunca y me oprimía además un terror grandísimo: ¡si esto no fuese más que el prólogo! Afortunadamente no lo era, pero duró bastante para hacerme sufrir todos los suplicios imaginables durante un cuarto de hora. No me libré de él hasta que llegó el tranvía á la plazuela de San Salvador, donde el jovencito bajó, todavía no satisfecho de su obra.

*
* *

Mi primer trayecto, señalado con piedra blanca en Junio, fué el que hice por la mañana del día del aniversario de la constitución, en la calle Garibaldi, á la hora en que la gente marchaba hacia la plaza del Castillo, para presenciar la parada. El carruaje llevaba un pasaje como no podía verse otro igual sino en aquel día en Turín. Casi todos eran viejos militares jubilados, bien afeitados, bien arreglados, centelleantes los pechos de cruces ó medallas, ó luciendo en el ojal las cintas de sus condecoraciones. Tan alegres y contentos, tan altivos y sonrientes, que parecían viejos maridos que celebraban sus bodas de oro; bravas gentes que, si el Estatuto se suprimiera durante veinte años, continuarían festejando su aniversario por cuenta propia por la fuerza de la costumbre, como celebran la Navidad los ateos. Estaba junto á mí, en su sitio de costumbre, el caballero de la *Gazzetta del Popolo*, acicalado y

elegante, como si perteneciera á la clase militar. Como los otros, volvía sus miradas complacientes hacia los tranvías, adornados con banderas y gallardetes, y se fijaba en los uniformes de los veteranos que pasaban entre la multitud que se apiñaba en las calles y balcones adornados también con banderas. Lucía en sus ojos una llama insólita; él comprendía que su alma respiraba con plácida voluptuosidad patriótica al recordar el 48 de Turín, capital de la «egemonia piamontesa», y el soplo del conde Cavour y del general Lamarmora, que parecían flotar todavía por la atmósfera. Le miré fijamente para ver si, no obstante el estado extraordinario de su alma, se acordaba de mirar su reloj, como hacía todas las mañanas, para comparar su hora con la del reloj eléctrico de la calle Siccardi; no se acordó. Luego cruzó su mirada con la mía; vi que se turbó ligeramente; debía recordar el día aquel en que había roto yo, de una manera bárbara, las páginas de la *Gazzetta del Popolo*. Tenía yo también, en aquel momento, un periódico en la mano, y estaba á punto de abrirlo de aquella manera; pero acordéme que me observaba y me contuve por sugestión, para no hacer que me tuviera por un enemigo odioso. Este es uno de los ejemplos de cómo el tranvía puede perfeccionar la educación de una persona. A poca distancia de la plaza, una música de obreros tocaba la Marcha Real. Al oír aquellas notas, todos los jubilados encañecidos se descubrieron y sus rostros se iluminaron al igual que, como dicen los poetas, los viejos caballos de guerra se alegran al sonido de una trompa guerrera. Y entonces, y en aquel momento dado, sentí que retrocedía yo treinta años en el curso de mi vida. Aquellos rostros, aquellas banderas en las ventanas, aquellos veteranos condecorados, aquel antiguo Palazzo Madama, que apa-

recía en el fondo, aquel buen señor con la *Gazzetta del Popolo* entre las manos, todo aquel conjunto de cosas, vistos en la calle Garibaldi, al s6n de aquella marcha, era tan piamontés, tan turinés, que durante un momento parecióme rejuvenecer, no sólo en la mente, sino en la conciencia, por ilusión maravillosa, y sentí la duda de que el año corriente fuese el 1896, el año de Abba Garima, sino aquel en que vi los primeros entusiasmos por la «Unidad Nacional», cuando había visto los patrióticos y fanáticos en aquellas mismas calles quemar las láminas del Consolidado, gritando:—¡Viva Italia!

*
* *

La fiesta nacional se celebró entre fuertes calores y éstos me permitieron hacer algunas observaciones en la *Carrozza di tutti*. Parecía que la irritabilidad humana hubiese aumentado. En las relaciones entre pasajeros, y de éstos con los empleados, de los empleados entre sí, había mayor suma de disputas, de impaciencias y de acaloramientos. Se veía en el tranvía una excitación casi rabiosa de abanicos; gente que se daba aire con sombreros, pañuelos y diarios sin darse punto de reposo; en los bancos se veían sus rostros inflamados y at6nitos, cabezas caídas sobre el pecho verdaderamente, verdadera cabalgata de tedio y mal humor. ¡Pobre humanidad! ¡pobre humani-

dad! ¡Algunos grados más de calor, un poco más de polvo en el aire, y esto bastaba para cambiar todos los rostros, para violar aquella cortesía, para cambiar y dar vuelta á los cerebros como relojes descompuestos, vaga señal del contagio psíquico que multiplica las riñas, las locuras y los suicidios. Como remedio á este mal, acudió á mi mente la idea de una limpieza pública y obligatoria para todas las personas una mañana que esperaba la salida del primer tranvía viendo limpiar á «Faraone» y á «Ballerina» bajo la sombra de los tilos. Era un espectáculo que hacía meditar verdaderamente. «Faraone» fué el primero. El cochero empapaba en un barreño de agua una gran esponja, la apoyaba sobre la frente del animal y la exprimía, y al sentir aquellos hilos de agua que le bajaban por el cuello, por las narices y por el hocico, por entre los ojos, hasta dentro de las narices y la boca, bifurcándose como la lluvia por una colina, el pobre animal alzaba y movía la cabeza sintiendo en cada fibra una sensación de placer que le hacía dilatar los ojos y mover las piernas. Entretanto, «Ballerina» aguardaba su turno mirando impaciente y agitada por el presentimiento de aquella voluptuosidad que reflejaba en los ojos y entre pelo y carne. ¡Qué dulce y cuán agradable era aquel baño después de tanto andar por el sol y el polvo, de tantas violentas sacudidas del freno y de tantos latigazos! En los ojos de cuantos pasaban se leía el sentimiento de complacencia al ver gozar de aquella manera á aquellos dos pobres esclavos mudos, tan hermosos y útiles, condenados á un trabajo duro y muy mal compensado, cuando tantos otros de su familia vivían entre las pompas y caricias de sus dueños como si fueran criaturas humanas. Y el cochero, entretanto, los apostrofaba con aquel tono de familiaridad que usan con

los animales los que de ellos se sirven, como si se temiera que, tratándolos con demasiada dulzura, abusaran como suelen hacerlo los hombres.

—Hola, viejo, ¿parece que te gusta, eh? No muevas la cabeza, animal, que no te voy á hacer daño. Ahora á ti, ahora á ti. ¿Ya lo estabas esperando, verdad?

Estas y otras exclamaciones parecidas eran dichas con el acento del que habla al que escucha. Y ¿quién sabe, quién sabe hasta qué punto por lo menos? ¿Qué es lo que sabemos nosotros de todo ello, pobres presuntuosos? ¿Estamos bien ciertos de no estar imbuídos por un error enorme? ¿No dice el Eclesiastes: «Quién sabe si el alma de las bestias viene también del alma de la tierra?» ¡Qué ojos tenía «Faraone!» Esos ojos fueron los que por primera vez me hicieron sentir por un animal lo que sentía por un chiquillo. El respeto del gran misterio, del dolor que no tiene palabras, del derecho que no tiene defensa, fueron aquellos ojos los que me dijeron más claramente, como no lo había pensado jamás, que no estaremos nunca por encima de los animales hasta que tengamos el sentimiento de la bondad y de la gratitud que debemos todos hacia ellos.

*
* *

Siguieron algunos días monstruosos, una serie de trayectos por las líneas de las afueras bajo los árboles cubiertos de polvo, sin ningún incidente notable, sin ningún nuevo conocimiento, sin

un encuentro de persona conocida; luego una nube de hechos y tres días de aventuras singularísimas que únicamente podían desarrollarse en la *Carrozza di tutti*. De la primera fué espectador y parte, en un coche cerrado de la línea del Martinetto, Carlin; en tanto que estaba haciendo una apología del boletín meteorológico del Chionio, subieron á un mismo tiempo á diestra y siniestra de la plataforma posterior dos mujeres: una del pueblo y otra muy elegantemente vestida: ambas á dos representaban tener unos treinta años y de aspecto activo y resuelto, las cuales, queriendo entrar á la vez por la puerta, se toparon con violencia, exclamando una y otra:

—¡Qué modos! ¡qué manera!

Parecía que la cosa debiera acabar allí; pero apenas se sentaron dentro del carruaje, una enfrente de otra, y hubieron tomado el billete, cuando empezaron á insultarse con palabras injuriosas, que fueron subiendo de tono, hasta que, indignada, exclamó la mujer del pueblo en alta voz:

—¿Qué demonios cree usted, porque es una «señora?»

Entonces la otra mujer, la «señorona», que desde el principio había procurado moderar la voz, se dejó llevar de su instinto, y por el acento con que hablaba, al cabo de un minuto todos los presentes comprendieron que las dos mujeres que se peleaban habían nacido y crecido en un mismo estado social y en el mismo barrio de Turín, habiendo recibido una educación igual, y que los vestidos de la «señora» debían ser de muy reciente conquista y quizás improvisados. Llamó la atención de todos igualmente, ver la impresión que producía en la mujer del pueblo el advertir que la rival que le había tocado en suerte era de su misma clase y que las palabras que iba soltando por la boca no desdecían de las que ella

misma soltaba. Continuó escandalizando, pero ya con menos aspereza, mirándola fijamente y con una ligera sonrisa, casi complaciente, como reconociendo y admirando en ella las palabras y frases que le eran familiares, y acabó por dulcificar la expresión de su rostro, convencida de que tenía enfrente, no una enemiga de otra clase, sino una hermana favorecida por la fortuna, tanto, que dejó sin respuesta la última estocada de su contraria, y volviéndose hacia los espectadores, dijo riendo:

—«Es una señora como yo».

Todos reímos la ocurrencia, y Carlín observó con tono filosófico:

—Es preciso estar en el tranvía para ver escenas parecidas y aprender á conocer el mundo; el cobrador, vedle, es el verdadero hombre enciclopédico que no se admira de nada de lo que pasa sobre la tierra.

*
* *

Hé aquí otra de las escenas:

Los árboles del paseo Víctor Manuel, reverdecidos y lucientes después de un chubasco; una fuga de nubes negras á través del cielo; un viento sofocante; los Alpes erguidos y como cortados en la púrpura del incendio, y una jardinera que parece que corre para el servicio exclusivo de dos parejas de amantes, una sentada en el primer

banco, otra sentada en el banco del centro, de espaldas hacia mí, y otro pasajero que está á mi lado en la plataforma delantera. Este tiene la cara de un buen hombre; parece un modesto propietario rural de esos que solamente van á la ciudad cada diez años y para los cuales las pompas ciudadanas son siempre un espectáculo nuevo y encantador.

Se comprendía que para él era un nuevo espectáculo el de aquellas dos parejas de cabezas de señores que se acercan tanto, que llegan á tocarse como los vasos al brindar y que se inclinan lánguidamente uno hacia otro como si tuviesen rotos los huesos del cuello. Se comprendía que estaba algo escandalizado y estupefacto; se comprendía que ponía gran atención, sin embargo, al movimiento de aquellos cuatro pasajeros con una sonrisa continua, lanzando de cuando en cuando miradas á los que pasaban por la calle, como diciéndoles:—¡Mirad, mirad lo que sucede aquí! ¡No se ha visto cosa igual!—Y he aquí que al desembocar el tranvía en la plaza del Monumento, subieron y se sentaron delante de todos un joven que parecía un dependiente de comercio y una muchacha que tenía el aspecto de una costurera, los cuales, apenas sentados, reanudaron el curso de una conversación interrumpida, y empezaron á acercarse poco á poco enlazando las manos y tocándose casi con los ojos. Entonces, un señor alto y muy acicalado que había subido en la plaza del Monumento y que al observar las dos parejas de amantes movió la cabeza murmurando:

—¡Podían tomar un carruaje separado!

Al notar la compostura de la nueva pareja, dió una sacudida colérica á la campanilla y dijo al cobrador:

—Que aguante la cesta quien quiera.

Saltó del carruaje y se fué. El cobrador no entendió de qué se trataba, pero el campesino soltó una carcajada juvenil y alegre en la cual se adivinaba la alegría de poder contar luego, en la farmacia de su aldea, el hermoso caso del cual había sido espectador y la facha de aquel buen señor que se asustaba por tan poca cosa. Debía sonreírle además la idea de explicar la facha de aquellos amantes en el gran Turín, en aquella Babilonia, en aquella Gomorra, donde todo es lícito y se ven casos de toda especie... Un momento después las parejas fueron rodeadas y distraídas por la subida y bajada de otros pasajeros; pero el campesino siguió mirándolos, hasta que en la plaza de San Martino bajó, dirigiéndose á la estación, sin dejar de sonreír maliciosamente, como pensando:—¡Gran ciudad es este Turín! ¡Qué tranvías! ¡Qué cosas se ven en el tranvía! ¡Qué paraíso de Mahoma! ¡Y qué caras!

La última escena la vi en la línea de Vanchiglia. Subí á una jardinera para evitar un chubasco imprevisto que caía en aquel momento, y me encontré de pie entre dos jóvenes obreros y el cochero Tempestad. El viento movía las cortinas, dando con ellas en el rostro de los pasajeros, que se replegaban hacia el centro todos de pie, pero la lluvia los mojaba y las señoras se le-

vantaban los vestidos tronando contra la Sociedad que no ponía coches cerrados cuando hacía mal tiempo.

He llegado en mal hora; todos los pasajeros tienen cara de mal humor con el alma atravesada, sobre todo dos viejos oficiales pensionados que no están conformes acerca de las reformas militares de Ricotti que en estos momentos se discuten en el Senado, y cambian entre ellos frases que parecen sablazos:

—¡Mil cien oficiales borrados de los cuadros! ¡Esto es una burla! ¿A qué se reduce la carrera?

—No son de Ricotti, sino de Mocenni, quien había ya suprimido ochocientos.

—¿Excusa usted lo malo con lo peor?

—No; yo no apruebo ni esto ni aquello.

—¿Pues entonces?...

Y en tanto que un vecino mío trataba de bárbara á la administración, que no ponía carruajes ni cortinas para proteger á los pasajeros contra los temporales y procuraba inútilmente resguardarse de la lluvia profiriendo frases poco cultas que hizo exclamar á los dos obreros:

—¡Púrgate; vete al Instituto antirábico!

Tempestad se volvió hacia ellos con el rostro torvo é inflamado, y contestó alternando sus frases con juramentos y ternos que escandalizaban á un señor de edad correctamente vestido que sentado á sus espaldas se volvió para preguntar en voz baja al cobrador:

—¿No está prohibido al personal de servicio hablar de esta manera?

Entretanto, la lluvia continuaba de un modo furioso; las cortinas se arrugaban dejando penetrar el agua, el mal humor crecía y los lamentos se oían más fuertes. Tempestad renegaba más fuertemente, y el carruaje, que llevaba toda aquella cólera de Dios, combatido por el agua, flagelado

por el viento, iluminado por las lámparas, atravesó la plaza de Víctor Manuel, donde se encontró con otro tranvía que llevaba una comitiva de jóvenes que salían del Frontón, los cuales, al pasar por nuestro lado, comprendiendo nuestra situación, nos enviaron una carcajada homérica, último ultraje que se nos hizo... Pero no á mí, que igualmente disgustado del carruaje que ríe que del carruaje que lleva tanta cólera, creo advertir las dos fases de la naturaleza humana.

*
*
*

En los días 14, 15 y 16 encuentro anotados tres personajes que he visto ya otra vez en circunstancias extraordinarias. Encuentro en la línea del Valentino al «Marqués», aquel cobrador de bigotes dorados, bello y elegante como siempre, pero distinto á mis ojos de lo que era habitualmente. Ya no lanzaba sonrisas fugitivas; ya no hacía actos de obsequio amoroso, ni ponía el billete en la mano de una hermosa pareja enguantada como quien pone una flor en ella fijando sobre sus ojos una mirada suave. De momento no comprendí el por qué de aquel cambio, pero las señas y los guiños de dos jóvenes conocidos suyos y míos al mismo tiempo, sentados junto á mí, me lo explicaron. Aquella reserva insólita se la imponía una muchacha morena, de pie en la plataforma como si fuera un gendarme, que le seguía con sus ojos paso á paso y gesto á gesto, y que con sus grandes ojos negros y severos, arrugando el entrecejo, parecía la estatua de la Sospecha. No

llegué á saber si era su mujer ó su amante. Comprendí, sin embargo (y se veía claramente), que conociendo á aquel hombre, estaba celosa de él, y debía hacer de cuando en cuando algunos trayectos de vigilancia subiendo al tranvía en momentos inesperados como si fuese un revisor, y que algunas veces, por miradas ó palabras, había hecho algunas escenas al guapo cobrador y provocado á algunas señoras ó jóvenes con la audacia de una leona. Con lo cual, á punto fijo, se habían armado algunos ciscos de primera fuerza, escándalos que quizás habían acabado en el cuartelillo. Pero se conoce que el «Marqués» sentía un terror tan profundo por aquellas dos linternas negras, que ya no se atrevió siquiera á coger á una señora por el brazo para ayudarla á subir. En tanto que pasaba junto á mi lado, uno de los dos jóvenes le dijo:

—*Pietro rigadritt!*

Y soltó una carcajada, contestando el otro con una sonrisa forzada. A consecuencia de esa escena supe que no era solamente aquella hermosa morena la que subía al tranvía para hacerse cargo de la fidelidad conyugal, sino que subían también otras mujeres con el mismo fin de vigilar al cobrador, lo cual producía beneficios á la empresa y al servicio.

15 de Junio. En la misma hora en que se encontraba Li-Hung-Chang con el emperador Guillermo, estaba ante mí, acabando de subir al tranvía en la calle de Garibaldi, el señor Guyot, con sus instintos reaccionarios y su rostro amenazador. Apenas me vió, al subir en la plataforma opuesta, me lanzó una mirada furibunda. Comprendí en seguida que la debía á la elección de Turati en la quinta circunscripción de Milán verificada el día anterior. Quería el destino que die-
ra yo á aquel hombre violentas sacudidas. Po-

cos momentos después subía junto á mí un antiguo amigo, Fiscal de Su Majestad, en el momento en que aquél me miraba con ojos foscos, en los cuales se notaba la inquietud y la adversión, y se veía además el sentimiento de esa curiosidad malsana que despierta el delincuente. Un relámpago vi pasar sobre su rostro cuando advirtió que mi amigo me estrechaba la mano y trabábamos conversación. Comprendí que sabía quién era. Puso unos ojos de pulpo y expresó con todos sus músculos faciales una expresión de sospecha desagradable como si aquella familiaridad de un magistrado conmigo fuese un hecho escandaloso, una pública incitación al delito, un indicio de ruina social, algo así como si viera en aquello un carabinero brazo á brazo con un contrabandista famoso, y comprendí perfectamente que se preguntaba á sí mismo con curiosidad insana, qué era lo que podríamos decirnos. Y si en aquel momento hubiera sido ministro de Gracia y Justicia, hubiera fulminado en el acto un decreto de destitución. ¡Cuánto debió sufrir! Paréceme ver aun la última ojeada que lanzó á mi amigo al bajar del tranvía, como diciendo:—¿No le dá vergüenza?... ¡Cumpla su obligación con mil demonios!



16.—(El día en que los Estados Unidos pagaron cincuenta mil pesetas por nuestros lynchados del Colorado). Sí, todo se paga, como dice un personaje de novela. Todo se cuenta y todo se descuenta; y la eterna *vendetta* hace sus víctimas también dentro del tranvía. Fué para mí una ver-

dadera satisfacción. El tiranuelo rabioso, el negrero en estado de canuto, el perpetuo disputador que amenazaba á los cobradores y cocheros, el señor Tintura-Mignone, aquel pedazo de soberbia y de vanidad, con el rostro ennegrecido y los bigotes hirsutos, estaba sentado en uno de los coches de la «Turinesa». Apenas había acabado de escandalizar con el cobrador porque no había limpiado la banqueta, cuando ya empezaba á dar señales de impaciencia contra un muchacho de año ó año y medio que iba de pie sobre la rodilla de una mujer, la cual le volvía tan pronto de un lado como de otro, como para hacerle admirar. Se comprendía que debía odiar aquel hombre hasta á los muchachos, y todos los presentes ya le habían juzgado, á primera vista, con manifiesta antipatía.

—Téngalo sentado—exclamó de repente dirigiéndose á la mujer con malos modos.

Y apenas había dicho estas palabras, cuando saltó indignado echando fuego por los ojos. Era demasiado tarde.

Antes de saltar advirtieron los pasajeros el contraste que hacía su rostro colérico con la carilla serena é inocente de aquel gracioso muchachuelo, que le miraba con sus ojos azules, ignorante de lo que había sucedido; y era tan cómico aquel contraste, que todos los pasajeros soltaron la carcajada, lo cual acabó de hacerle perder los estribos. ¡Ah! sí; todo se descuenta y todo se paga con exceso, y son infinitos los medios que tiene la divina Providencia para hacer resplandecer la justicia.

*
* *

¡De nuevo le vi! Y pensé, apenas advertí su presencia, que su primera palabra la dedicaría al discurso hecho por Jaurés, en la Cámara francesa, sobre el trabajo de los muchachos. Y, efectivamente, su primer saludo, al subir al tranvía, fué esta pregunta:

—¿Ha leído usted?—hecha con voz de bajo, que parecía salir de las fauces de una trompa.

Había leído un trozo de un diario italiano y lo había pegado á una pared, según su costumbre, en su tienda. Aunque estábamos ya en mitad de verano, llevaba, como siempre, un sombrero calabrés y su eterna americana, raída, de terciopelo, color de cacao, pero tenía la barba mejor cuidada que de costumbre, y parecía leer en su rostro un aire de satisfacción como si hubiese obtenido una gran victoria maquiavélica y moral sobre la prefectura de policía.

Estábamos en el corso Cairoli. La jardinera, llena de gente, marchaba bajo las sombras de los grandes plátanos, junto á las aguas del Pó, surcadas por barquichuelas pintadas de distintos colores, y del río y collados se escapaba una frescura de primavera. Todos los pasajeros parecían de buen humor. Un muchacho cantaba, y mis vecinos miraban, con curiosidad simpática, á aquel obrero de cuello de toro, que con su gruesa voz aquel aire de bonachona gravedad, hablando un piamontés intercalado de italiano rudo, pero correcto, hacía un extracto breve del discurso del conde de Mun y del orador socialista. Entre los que le escuchaban había una mujer de unos cua-

renta años, que no había encontrado dónde sentarse y estaba de pie en la plataforma, la cual, de cuando en cuando, se volvía rápidamente para mirarle, asombrada, como si creyera ver en él un docto señor disfrazado.

—¡Diablo!—exclamó.—Un tratado de anatomía.

Sí, era ella misma: la «virgen muerta», sentada al lado de un señor con el pelo y la barba blancos, de aspecto serio y casi altivo, como de un viejo coronel, con ojos claros y nariz recta, que debía ser indudablemente su padre. ¡La «virgen muerta!» Hacía dos meses que no la veía y casi la había olvidado. Conservaba su rostro blanco y delicadísimo, de una pureza angelical, de una inmovilidad marmórea, de una serenidad superior á las pasiones humanas é intangible á cualquier mancha terrestre; pero algo demacrada y con una expresión de tristeza en los ojos que no le era habitual; ciertamente debía ser efecto de la fatiga de las preparaciones: en aquel mes eran los exámenes.

—¿Será un estudiante de medicina?—me dijo mi interlocutor.

—Es una señora fuera de moda—observó un caballero que había á mi lado.

—¿Por qué?—preguntó el primero.

—¡Bah!—contestó el otro.—No es su oficio. Pensando en lo que vé y en lo que toca, me despoetiza.

Entonces se encogió de hombros y dijo el socialista:

—¿Y las enfermeras de los hospitales?... Sin embargo, no quedan despoetizadas.

—Ya—contestó.—Pero no crea usted que por eso se poetizan más. Las mujeres no nacen para eso. Yo no llamaría nunca á una médica.

—Usted no; pero su señora...

—No estoy casado—contestó el otro riendo.

Entonces, sin que nadie la hubiera dirigido la palabra, contestó la señora, que estaba de pie en la plataforma:

—Yo tampoco llamaré nunca á ninguna...

Aquella salida desconcertó al buen socialista, que en cuestiones femeniles era una *especialidad*. Se volvió furioso para contestar á la señora, pero no tuvo tiempo, porque en aquel momento aquella bajó del carruaje. Indignado de no poder desahogarse contestándola, se volvió hacia el otro.

—He aquí lo que son ustedes—exclamó.—Tratan de que las muchachas sean lo más pudorosas é inocentes que se pueda, y cuando han conseguido todo esto, cuando á fuerza de años y de ocultar las novelas por aquí, cuentos por allá, conversaciones peligrosas por acullá, llega un día en que se ponen enfermas, entonces, como no hay más remedio que llamar al médico, toda su pureza se va al demonio. Llega el médico y mira de aquí, levanta de allá, escruta de aquí y mete la mano por acullá, quedando aviada la pobre muchacha. Esto me parece una verdadera *porquería*, lo cual no ocurre, sin duda, si en lugar de llamar á un doctor se llama á una doctora.

Algunos rieron en señal de aprobación, y su contrincante también se echó á reir, quedando maravillado de que se pudiera encontrar un ardiente defensor del pudor bajo aquel sombrero calabrés y dentro de aquella americana raída, y se puso á mirarle como se mira un original de nuevo cuño no mal avenido con el genio. Parecía dispuesto á contestarle para hacerle vaciar todo el saco, pero el obrero, advertido de ello, no se prestó á la maniobra. Y luego volviéronse todos para mirar á la señorita, que bajaba con su padre en la línea del paseo de Víctor Ma-

nuel, llamando la atención de todos por la sencillez infantil de su andar, que parecía no sólo extraño, sino monacal, y tan incorpóreo como lo era su rostro.

—¿Vé usted?—me dijo mi interlocutor, con el acento de quien encuentra un argumento inesperado en favor suyo.—Tiene todo el aire de una muchacha honrada.

—Sin embargo—contestó su adversario;—con sólo pensar que va á la sala anatómica... ¿Qué quiere usted? A mí no me gusta una muchacha así, que lo *sepa* todo.

—¡Ya!—contestó un amigo.—A usted le gustan las mujeres que no *saben* nada y lo *enseñan* todo; á mí me parecen más honestas las que lo *saben* todo y no *enseñan* nada.

Todos soltaron la carcajada.

—Bien contestado—exclamó el caballero con evidente sinceridad y riendo también.

Y cuando el obrero bajó, llevándose la mano al sombrero, todo el mundo le miró con gran curiosidad, y su adversario expresó el sentimiento común diciendo:

—No creo que haya en el mundo otro original como él.

—¡Qué engañado vive!—pensé;—hay muchos millares. Dentro de cincuenta años él *tranvía* estará lleno de ellos, y los que parecen ahora toscos y originales, serán los que á su vez se rían de los que ahora nos tenemos por personas ilustradas.

*
* *

A la mañana siguiente presencié una escena deliciosa; uno de los episodios más bellos de los

seis meses de aquella vida en carruaje. El tranvía de la línea Vinzaglio corría entre las dos líneas de palacios situados en la calle de Francia y entre las dos grandes filas de olmos que se dirigen hacia el castillo de Rívoli, el cual aparecía muy cerca enrojecido en la atmósfera y como sorprendido sobre el horizonte iluminado por los rayos del sol. Giors excitaba á los caballos con la alegría de aquel que tiene hambre y prisa por sentarse á la mesa después del trabajo, riendo para adentro y bebiendo el aire como si bebiera un licor, con los ojos abiertos y fijos hacia la barrera, como si en ella viera el vapor humeante de su sopa, y con las narices dilatadas y temblorosas como si el viento le llevase el olor de ella. Llegado al final de la línea, hubiese querido de buena gana ir á pie hasta la finca de un amigo mío, latinista ilustre, pero al bajar del carruaje no pude por menos de pararme viendo cómo se acercaba al tranvía una mujer joven, enjuta de carnes y rubia, con un niño en un brazo y una cesta en el otro, seguida de dos arrapiezos, uno de cinco años y otro de tres, en los cuales reconocí á primera vista los ojos y la nariz del conductor. ¡Pobre Giors! Debía ser muy querido de todos los suyos, y era ciertamente su colación un espectáculo cotidiano para los vecinos de aquel barrio, porque apenas llegó la jardinera, en tanto que él preparaba y arreglaba los caballos, se reunieron en torno suyo, con rostro curioso, algunos guardas de consumos, varios vendedores de hierbas, otras tres mujeres y algunos muchachos, formando aquellas gentes, vecinas del barrio del conductor, un grupo interesante. ¡Cómo cogió la cesta! Fué aquel acto el de un padre amoroso que tiende los brazos hacia su hijo que no ha visto desde hace un año. Sentado en el estribo de la jardinera, sacó fuera y puso sobre las rodillas

la cazuela de la sopa, se atusó los bigotes, soltó una carcajada mirando á los espectadores, y exclamó sonriendo:

—¡Al trabajo!

De repente los dos muchachuelos, que estaban en pie, con el rostro moreno, sano y limpio, se le acercaron mirándole fijamente, como los perros que siguen con la mirada los movimientos de su amo al llevarse la comida del plato á la boca.

—Mira que ya han comido—dijo la mujer;—no empecemos como de costumbre.

—¿Qué dices?—exclamó Giors con la boca llena, mirando á los muchachos y levantando la mano para amenazarlos.

Pero ellos, que conocían que la amenaza era una broma, se rieron y se le acercaron más.

El padre retiró la mano que amenazaba y llevó la cuchara llena que tenía en la otra hacia uno de los pequeñuelos, que apuró su contenido.

—No tienen vergüenza—exclamó la madre atrayéndolos hacia sí.

Pero el más pequeño, el que tenía en los brazos, alargó á su vez la cabecita y quiso también tomar una cucharada. Entonces empezaron las risas entre los que veían aquella escena.

—Te lo van á comer todo—dijo la mujer.

—¡Qué quieres!—contestó riendo;—qué quieres que yo le haga si nunca tienen bastante; creo que me comerían á mí y á mis caballos. ¡Vaya si lo creo! ¡Era mi destino engendrar una raza de lobos!

»—No—gritó de repente,—no os doy ni un grano más de arroz; idos al diablo.

Entretanto que iba comiendo, echaba de vez en cuando una mirada hacia el final de la calle Turín para ver si parecía el otro tranvía, porque ya habían pasado tres de los diez minutos reglamentarios. En vano su mujer le decía:

—Come, hombre, come sin cuidado; todavía hay para rato.

Acabada la sopa, sacó fuera la bota del vino; la enseñó á los que le veían comer, diciendo:

—Para uso interno.

Después de sollar una carcajada, la llevó á la boca.

Luego que hubo bebido, como no hubiese podido quedar satisfecho de la cantidad, exclamó dirigiéndose á mí con una sonrisa benévola:

—No crea usted que ha sido para uso interno; ha ido por las calles laterales...

Llevó la bota á la boca de uno de los pequeños diciendo:

—¡Para nosotros, chiquillos!

La mujer le detuvo el brazo, pero él continuó dándole de beber, diciéndome:

—Son dos sanguijuelas; se me beberían hasta la sangre.

Acabado ó poco menos el vino, atacó el pan y una fritada que le daba su mujer, y entonces, volviéndose hacia el pequeñuelo que tenía en brazos, le dijo:

—¿Y tú, arrapiezo?

Su mujer, en tanto que él comía, le explicó las gracias que había hecho el chiquitín durante el día, y Giors, dando un trozo de carne á los otros dos pequeños, volviéndose hacia mí, diciéndome:

—No tiene más que veinte meses de *servicio*.

Y me contó que el pequeño sólo le conocía desde que estaba fijo en la línea de Vinzaglio. Cuando iba por otras líneas, debiendo hacer las colaciones de día y noche en ellas, no veía nunca al pequeño, porque cuando se retiraba á casa ya estaba durmiendo, y se marchaba antes de que se despertase. Por eso sin duda se había dado el caso singular de que el muchacho, que tenía más de un año, no conociese á su padre, y un día en

que éste había llegado á su casa al anoecer, porque se había dado un golpe en una pierna, al ver entrar á un hombre que no había visto nunca, empezó á gritar como un demonio. Y acabó su relación exclamando con una carcajada:

—¡Qué demonio de oficio es éste! damos miedo á nuestros propios hijos. Pero no importa, mientras esté la caja sana...

Y al decir esto se pegó un fuerte puñetazo en el pecho.

Después, excitado como si hubiese hecho un gran almuerzo, levantóse del estribo, contestó á todas las bromas que le hacían los guardas de consumos y las mujeres que le miraban, y por fin, viendo que se acercaba el otro tranvía, besó uno tras otro á los pequeñuelos, diciéndoles:

—Hasta luego, lobitos; hasta luego, muchachos.

Tomó al más pequeño en sus brazos restregándole con cariño contra sus bigotes hirsutos, y dijo á la mujer devolviéndole el chiquillo:

—Bravo, vieja.

Subió sobre la plataforma, empuñó el látigo y las riendas, arreó los caballos y partió, volviendo atrás la cabeza para saludar á su mujer y lanzó una última carcajada á sus amigos.

—¡Es un hombre! ¡Es un hombre que está satisfecho de sí mismo—dijo una mujer.

—Es más que un hombre; es un hombre de verdad—dijo otra.

*
* *

En este punto de mi manuscrito aparecen algunos personajes nuevos que por fuerza tengo que esbozar como he pintado muchos otros durante los meses que han pasado. Tantos son, que no

me atrevo á citarlos á todos, porque sino llegaría al final de mi obra con un ejército entero. Conocí en ese mes de Junio una porción de «tranviófilos», entusiásticos paladines de la institución. Conocí «inquisidores», calculadores y aficionados, que son las tres clases en que se pueden clasificar todos los individuos de esa especie. Los primeros se ponen siempre al lado del cochero ó del cobrador para atormentarle y preguntarle:

—¿Cuántos años tiene este caballo? ¿Cuántos caballos tiene la Sociedad? ¿Cuántos cocheros son ustedes? ¿Cuánto cuesta este carruaje? ¿Cuántos kilómetros tiene esta línea? Hasta que al fin hacen perder á sus víctimas la paciencia. Los segundos, que deben ser accionistas administradores, ó gente que tiene algún interés en los asuntos de la «Sociedad», estudian con gran cuidado las entradas y salidas de los pasajeros, lo que hacen los cocheros y conductores, los cobros que efectúan y las paradas innecesarias que pueden ponerse á cargo de éstos. Por último, los aficionados son los que, sin tener un interés determinado por una ú otra «Sociedad», toman partido por ésta ó aquélla, y hacen observaciones, no solamente á los cocheros y cobradores, sino también á los pasajeros, de quienes creen que tienen algún interés directo en la marcha de los tranvías y que han de dar la palma de la victoria ó buen servicio á una ú otra de las dos «sociedades» que se disputan las primicias en Turín. Poco faltó para que llegaran á las manos y se dieran de puñetazos dos campeones de la última clase, que en uno de los tranvías de la línea de Niza, el día 18 emprendieron una acalorada discusión acerca del mérito de las compañías «Belga y Turinesa», y á propósito del color rojo y verde de los carruajes de una de ellas y del color rojo y san-

gre de la otra. Ambos á dos se enfurecían con una rapidez inquietante.

—¿Quiere usted comparar los caballos de la «Belga», todos medio locos y asustadizos, con los de la «Turinesa», que vienen de Croacia y de Hungría, más fuertes, más dulces?...

—¿Acaso los caballos son los que producen la ganancia de una Sociedad? La «Belga» tiene treinta carruajes más y un personal que casi es doble.

—Pero los carruajes de la «Turinesa» son más grandes y cómodos que los de la «Belga», y estos no tienen almohadones.

—¡Ah! Almohadones. ¿Y por eso se va á perder todo?

—No solamente por eso, sino que hace un servicio más extenso y paga mejor á los empleados.

—¡Ya! Porque tienen un trayecto más largo.

—La «Belga» tiene las mejores líneas, las que pasan por las calles principales. ¿Sabe usted lo que dan las líneas de Martinetto y Vinzaglio? Más de sesenta pesetas por día.

—Bueno, en ese caso, sólo la línea de la barrera de Niza dá más que esas dos juntas.

—¡Qué barbaridad!

—Esa no es una contestación de persona educada.

—Y tampoco de persona educada es hacer creer una barbaridad.

Así hablando ambos á dos y agitando el diario de la mañana, que anunciaba el terremoto del Japón con cuarenta mil muertos y ocho mil casas destruídas, llegaron hasta el paseo de Víctor Manuel, donde se veía un carruaje en la línea de las afueras salido de los carriles, y la gran fatiga del cochero y del cobrador que trataban de volver á poner en su sitio el carruaje entre

dos filas de pasajeros impacientes. Entonces el paladín de la «Turinesa» volvióse hacia su adversario con el rostro animado, y señalándole el carruaje desviado:

—¿Lo vé usted?—le dijo,—es de la Belga.

Luego calló y saboreó su triunfo. ¡Oh! cerebros diminutos para los cuales el palacio Pitti podría encerrarse en el cráneo de una hormiga, como decía Francisco Domenico. Y sin embargo, no estaba en lo justo al imaginar yo esto, porque en el cerebro y en el ánimo de los varones más fuertes se anidan esas ideas pequeñas y pasioncillas miserables que aparecen de cuando en cuando más miserables y pequeñas, y que causan más compasión y más desprecio... quizá porque salen del palacio Pitti.

*
* *

Observé también, durante aquellos días, á varios sujetos que subían al tranvía y que ya había visto meses atrás. Un jovencito tísico que daba cada día, sin duda para distraerse, una vuelta entera por la línea de las afueras, siempre solo, que miraba á todos, y todo con la mirada estúpida é insistente de quien sintiéndose apartado del mundo le ve á una distancia en que le parece casi bajo un aspecto nuevo; una señora todavía joven, palidísima, que á cada sacudida del tranvía se ponía la mano sobre el corazón, cerrando los ojos y torciendo la boca como si sintiera una sensación dolorosísima, y otras de rostro triste y pálido sobre las cuales los pasajeros fijaban su mirada interrumpiendo toda conversación como para escrutar el misterio de la muerte. Pero no

se me había ofrecido un espectáculo tan triste como aquel que vi el domingo, día de San Luis, penúltimo de Junio, al anochecer, cuando en el tranvía empezaron á encenderse las luces. En un carruaje parado lleno de gente que volvía de merendar del campo, fuertemente sostenido por un joven, subía lentamente y con gran trabajo un hombre de unos cincuenta años, con el rostro pálido y deshecho, el cual, apenas tuvo el pie en la plataforma, apoyó una mano sobre los riñones, como si en aquel momento sintiera un fuerte dolor repentino, y moviendo la cabeza de un lado para otro, gritó con tono angustioso:

—¡Ay de mí! ¡Pobre de mí!

Debía ser su enfermedad una de aquellas de la médula, que hacen padecer de una manera espantosa á los enfermos y que van acompañadas de sensaciones extrañas y horribles que parecen el principio de una descomposición repentina del organismo y casi el anuncio de una muerte inminente. Entró más llevado que apoyado y cayó sobre uno de los bancos como un saco; echó una mirada agonizante á su alrededor lanzando al mismo tiempo un lamento profundo, continuo, infantil, horroroso, entre el gemido y el llanto, que destrozaba el corazón. Fué aquello como si entre los pasajeros se hubiese echado de pronto un cadáver, y era terrible verdaderamente ver aquel hombre debajo de la luz del farol que enrojecía su rostro arrugado, brillándole los ojos en la sombra como si los tuviera cerrados para siempre. En toda aquella gente que no pensaba en nada se despertó bruscamente el sentimiento de la fragilidad de la vida humana, el pensamiento de una vejez triste y desesperada, la visión de los mil achaques y enfermedades horribles que nos esperan durante nuestra vida, que nos asaltan y que acaban al fin por echarnos con furia

en la fosa, á fuerza de mordeduras. Vi claramente que en casi todos había producido un efecto más de temor que de piedad. Algunos pálidieron; una señora se levantó y salió á la plataforma; otros, para no ver, volvieron el rostro hacia la calle, y un caballero vecino mío dijo en voz baja al cobrador que no era lícito aquélllo, que era una *indignidad* permitir subir al tranvía á un hombre en aquel estado. ¡Una indignidad! Yo le hubiese dicho que no me parecía tal, que si no se le hubiera hecho subir á aquel pobre hombre habría sufrido muchos más tormentos yendo á pie hasta su casa, y que era justo que la *Carrozza di tutti* transportase también los dolores como transportaba las alegrías; que convenía algunas veces que los felices vieran cara á cara la desesperación y la muerte para acoger el gran pensamiento que pone en fuga toda vanidad y que aparta de todos nosotros el orgullo. No tuve necesidad de decir una palabra á aquel hombre poco caritativo, pues mientras nuestro tranvía atravesaba la plaza del Statuto, apareció otro cargado de músicos ambulantes y gente alegre que venía de la calle de Rivoli, y el espectáculo nuevo y cómico de aquel carruaje sonoro en el que se veía á la luz de los dos faroles los rostros rojos é inflados por el viento de los que soplaban en los instrumentos como unos energúmenos, hizo renacer el pensamiento de todos y transportarle en un momento desde la muerte á la vida.

*
* *

Conocí por aquellos días otros personajes singularísimos entre los empleados del tranvía: un cochero que hablaba de continuo de sus tierras y

que poseía no sé dónde cinco «jornales», por lo cual era mirado y envidiado de sus colegas como un latifundista americano. Aquel cobrador que leía y releía sin cesar, más y más un voluminoso libro destrozado y no muy limpio titulado «La mano del muerto», que venía á ser para él una especie de libro de los libros en que descubría cada día una nueva maravilla; y otro cochero, el más original de todos, un montañés rudo y fuerte, el cual, atento con los hombres, reservaba todo su orgullo y mal humor para el bello sexo, que parecía odiar á muerte, tanto, que cuando una señora le tocaba en la espalda con la punta de la sombrilla para que se parara, se volvía hacia atrás furioso como si hubiese sentido la picadura de una avispa en la carne. ¡Dios sabe por qué! Dentro de aquel hombre debía haber indudablemente un secreto de traición conyugal que le había hecho sentir en el alma el horror á las mujeres. Descubrí también aquella tarde, después de haberle buscado muchos días, el cobrador aquel que sabía el Dante de memoria, en la línea de la barrera de Milán, subiendo en el tranvía en el momento en que acababa de disputar un cobrador y un aldeano que bajaba, en tanto que aquel murmuraba entre dientes:

—...*si fa notte innanzi sera.*

—¿Un verso del Dante? Debía ser él—pensé.
Le observé.

Era un joven alto, moreno, de rostro palidísimo, con dos ojos negros llenos de inteligencia y un bigote rizado de estudiante, bajo el cual lucía una sonrisa irónica como habitual en aquel rostro de un conocedor precoz de la vida, excéptico y benévolo al mismo tiempo. Sí; debía ser él, y le pregunté sin preámbulo:

—¿Es usted el conductor que conoce el Dante de memoria?

Se echó á reír; pero no pareció extrañado de la pregunta.

—Son tonterías—contestó riendo;—historias que han hecho correr mis colegas. No sé más ni menos que cuantos han hecho sus primeros años de estudios en el Liceo. Y luego, aunque lo haya sabido, ya no lo sé.

Y enseñándome el talonario de los billetes, añadió:

—Mi Dante es ahora éste.

Y luego dijo con una sonrisa irónica:

—Mi *volumen*.

Le pregunté qué era lo que le había hecho desde el Liceo ir á parar al tranvía. Me contestó con desenvoltura. Su padre, ingeniero, muerto de repente; la familia, numerosa, puesta en mitad de la calle; una tentativa de comercio desastrosa; un mal empleo en una Sociedad de Seguros obtenido y perdido al mes siguiente por reducción de personal; la historia de siempre.

—¿Y el empleo actual?—me apresuré á preguntarle.

—¡Ah!... Salvaje—contestó sonriendo.

Y me explicó cuanto quise saber, en tono familiar. Era la primera vez que oía yo juzgar al público por un «señor» reducido á aquella condición, desde donde podía observarlo perfectamente. Dispúsemme, pues, á escuchar con viva curiosidad, pero fué muy templado en la exposición de sus observaciones, si no en el fondo, en la forma cuando menos, como todos aquellos á quienes la desgracia no parece sino que fortifica el ánimo. Lo peor en su sentir no eran las muchas horas de servicio; el tener que comer como los salteadores; la lluvia de multas que caían á cada palabra, á cada error, por pequeño que fuera, á cada falta casi inevitable. Lo peor era el continuo contraste, la lucha continua con el público, el tener que

defenderse de toda especie de pequeñas insidias de enemigos. Afirmóme que nadie que no lo hubiese sufrido podía imaginarlo; mal intencionados que subían al tranvía, estaban un momento y luego fingiendo haber equivocado la línea bajaban del carruaje antes de pagar; otros que suben en grupos de seis ó siete las noches del domingo, y que toman el tranvía por diferentes sitios, porque saben que con la confusión es fácil que alguno no pague; gente poco escrupulosa que procura dar al cobrador diez céntimos falsos, afirmando, sin embargo, que otro día se los había dado, y que está seguro de ello; gente mal humorada que se pone hecha una fiera porque el cobrador no quiere cambiar un billete de diez, diciendo á veces que no es verdad que carezca de moneda para dar la vuelta; mal educados que nos acusan de toda clase de chanchullos. Vienen después los que han perdido un objeto en el tranvía, y acusan al cobrador de haberlo recogido y guardado; los que empiezan á disputar con él porque han equivocado la línea, ó porque no los han avisado al volver la esquina donde querían bajar; los que teniendo prisa montan en cólera porque no hace que el carruaje corte un acompañamiento fúnebre, ó un batallón que pasa, ó porque un caballo no quiere tirar y se pare á menudo, como si fuera culpa suya aquello que dicen que la «Sociedad» no nutre lo bastante á los animales.

—Así es—terminó diciendo el cobrador,—¿ve usted? el hombre.

Donde si traggon d' ogni parte y pesi

Entrábamos entonces en aquel largo paseo de Vercelli, á ambos lados del cual se ven muchas calles que se pierden en la amplitud del campo y

se levantan monumentos de diversas clases, entre casas desiguales y esparcidas que parecen de una aldea, pero que conservan todavía en su arquitectura, en los colores de la fachada, y en algo que no se puede traducir en palabras, el aspecto rígido de los barrios centrales de Turín. Cuando llegamos á la desembocadura de la calle Carmagnola, el cobrador me señaló una casita muy linda, de dos pisos, con una terraza llena de flores, y me dijo:

—Mire usted, aquí vivía yo *nel tempo felice*. Mi pobre padre ha muerto allí, en el primer piso. Estábamos como en el campo. Ahora estamos en un cuarto piso de la calle Barbaroux, en un zquizamí, y por las mañanas me toca hacer un par de millas antes de llegar al punto de parada.

—*Uonini fummo ed or sem fatti sterpi*.

Luego continuó el discurso por breves momentos interrumpido:

—No—dijo;—no puede usted figurarse las pretensiones y tonterías del público con quien tenemos que tratar. Las más fastidiosas—añadió,—no son las gentes de la clase baja que suben al tranvía y que responden á una observación con amenazas al cobrador; no son tampoco las campesinas que quieren á toda costa subir al tranvía, con un saco grande como una cómoda, sin que les pase por las mentes que el cobrador se busca una multa por culpa de ellas; no es tampoco el hombre embriagado que tiene la manía de estarse en una jardinera como si estuviera en un gran salón. Más irritante que todo eso, son las personas que por muchos motivos debieran ser razonables: el caballero, por ejemplo, que pretende que el conductor haga levantar á un fulano para hacer puesto á su mujer; aquel que quisiera que se privara de fumar á otro porque le echa el humo al rostro; la señora que está en pie y que empieza á

armar un cisco, diciendo al cobrador que ha «pagado y tiene derecho á sentarse», y por fin de fiesta amenazándole á veces con «dar parte», porque no hace callar á un vecino que habla muy libremente.

—Un gran peligro para mí—añadió,—es que algunas veces no me acuerdo de mi condición y me dan tentaciones de contestar como ya contesté una vez, lo cual sería mi ruina. ¡Cuántos esfuerzos tengo que hacer para contener las palabras que vienen á mis labios! Es fácil olvidar que uno ha sido pobre, pero olvidar que uno ha sido rico, es muy difícil.

Y continuó diciendo que no podía imaginarme con qué clase de gentes endiabladas, aunque bien vestidas, se tenía que tratar en el tranvía: con gente implacable que murmura á espaldas del cochero y del cobrador, por espacio de tres kilómetros, trayecto que al día siguiente vuelven á recorrer, y recordando la escena anterior, vuelven á repetir trescientas veces la misma frase con la obstinación de un mazo de batán. La culpa de todo la tiene siempre el cobrador, á quien tratan de cualquier manera.

—No hay piedad para el *anima prava*. Recordaba que muchas veces, estando en pie desde las diez, al sentirse la espalda dolorida y teniendo una gran necesidad de apoyarse un momento en la plataforma anterior para descansar un poco, expresaban sus ojos el ansia que sentía de sentarse un momento. Pues bien, nunca se le había ocurrido á ningún pasajero adivinar su cansancio y dejarle un sitio por misericordia; nunca. Cada pasajero trata al cobrador como si se hubiese levantado de la cama una hora antes y debiese volver á ella poco después; cada uno pa-

rece que le diga: *Omai convien che tu cosi ti spoltre...* ¡Ah! si probasen durante una semana nuestros colchones de plumas!

Pero todo eso lo dijo con tono más bien de broma que de queja, y con la misma vivacidad estudiantisca con que había empezado á charlar. Sí, verdaderamente: mirar quién sube y quién baja, quién llama de cerca y de lejos, saltar para ayudar á los que suben, tener cuidado en los cruces, dejarse estrujar por los pasajeros para coger los céntimos, cambiar, anotar, devolver el cambio de monedas, contestar á los que le preguntan, poner paz entre los litigantes, tener que aguantar las bromas y las tonterías de los mal educados, con la mente fija y ojo avizor, bajo el sol que abrasa, la lluvia, el viento, todos los santos días del año, por dos pesetas y media cada día... es una existencia muy amarga, muy dura.

Y como final... «Tanto é amara che poco é piu morte». Si Dante volviese al mundo, añadiría á sus tormentos los de las líneas de los tranvías, y pondría de cobradores á los pecadores más empedernidos.

Habíamos llegado á aquella plaza solitaria de la barrera, que parece la de una aldea lejana de Turín, desde donde se alarga por la abierta campiña la calle de Milán, y en el momento de bajar el cobrador dantesco me contó un caso que era verdaderamente de los más graciosos. El día antes, habiendo subido al tranvía una señora alemana que no logró comprender á dónde quería ir, un caballero tieso y mal criado, había dicho con gran seriedad á un vecino:

—Está bien lo sucedido: la Sociedad debiera tener cobradores que supieran varias lenguas.

Y el cobrador le contestó:

—¿Las lenguas vivas, verdad? El latín y el griego únicamente como de adorno.

*
*
*

Durante tres días no advertí ninguna escena que valga la pena de ser relatada, exceptuando una fuga de señoras que huyeron aterrorizadas de un coche cerrado, en el que un loco original, creyendo divertirse y divertir á los pasajeros, se había levantado y puesto en uno de los hombros dos ratas blancas domesticadas que daban vueltas alrededor de su cuello, como un collar viviente. Se armó un escándalo, una de gritos y carreras que fué preciso que llegara un municipal condecorado con la medalla del valor militar. El domingo, 27, andando y volviendo del Sferisterio, tuve dos encuentros deseados. El primero en una de las jardinerías de las afueras: Tadeo y Veneranda con su niña. Pero, ¡cuán cambiados los tres! A primera vista lo comprendí y vi todo: una enfermedad mortal de la criatura adorada; serie de días y noches horrendas, continuos sollozos, la madre de rodillas, el padre desesperado. La pobre niña estaba todavía pálida y demacrada, y sobre su rostro enflaquecido á través de la alegría de la resurrección, se advertían aun las huellas de las pasadas angustias y del terror. Como la primera vez tenían la niña entre ellos. Yo quedé enfrente. Como se recuerda fácilmente, el rostro de los que acarician á nuestros hijos, reconocieron, sonrieron é interrogaron con una mirada ansiosa mi mirada, como queriéndome decir:

—¿La encuentra usted muy cambiada, verdad?

Y mostrándomela mejor todavía en aquel momento en señal de la gran intensidad del dolor

sufrido, por aquellas dos naturalezas plácidas que debían haber vivido durante tantos años una vida tranquila y sosegada. Y luego, sin esperar que yo les interrogara me dieron la triste noticia: el crup, un mes de cama, la niña considerada perdida y luego la historia entera de la enfermedad con un torrente de palabras: los primeros síntomas del mal, el médico, los remedios, agravación de la enfermedad, las palabras que decía la niña y que ellos habían creído las últimas en aquellas noches en que su razón se extraviaba por la fuerza de la fiebre, y les parecía que el mundo iba á derrumbarse bajo sus pies. ¡Ah! ¡no, era demasiado terrible! ¡Ah! ¡quien no lo ha pasado, no puede imaginarlo! Y luego la crisis de la enfermedad, los primeros buenos indicios, las primeras palabras consoladoras, las alegrías infinitas; y aquí una efusión de gratitud para el doctor Boni, ¡un talento, un ángel! El otro ángel pequeño hacía tres días que le sacaban, aquel era su tercer paseo de convalecencia.

—¿Le parece? ¿Le parece á usted que empieza á ponerse buena?

Y me miraron con reconocimiento, como si mis palabras hubieran influído para llevar un poco de color rosado sobre aquel rostro menudo, ó como si el mundo entero hubiese tomado animación por medio de sus ojos. Y no apartaban un momento la vista de ella, la acariciaban con las manos como para preguntarla y protegerla, y en aquel punto se desarrolló una escena que me conmovió. Presentóse el revisor y pidiéndoles los billetes le entregaron hasta el de la niña. Aquel dijo que no tenían necesidad de haber pagado por la niña, puesto que no tenía todavía tres años, y que la podían haber llevado sentada sobre las rodillas. Ya lo sabían; pero sorprendí en seguida su pensamiento. Tomar un billete para ella

era como para hacerla más grande, y para hacerla ocupar un poco de espacio; era para ellos como una afirmación que se hacían asimismos, una voluntaria y cara ilusión de que su personalidad era mucho menos frágil y endeble de lo que en realidad parecía. ¡Con qué dulce acento me dijeron al bajar:

•
* *

—¡Hasta la vista!

Yo, viéndoles alejarse, pensé confusamente en otros convalecientes que había visto sentados en aquellos bancos entre sus padres, y aquel tranvía que dá al que acaba de salir de una enfermedad y á su familia la alegría de un paseo en carruaje que no puede hacer de otra manera, me apareció bajo un aspecto nuevo, piadoso y benéfico como el de un coche futuro que yo sueño, no destinado á otras gentes que al servicio de todos los que han escapado de la muerte.

Saliendo del Sferisterio, tomé en el paseo Margarita la jardinera de la línea de las afueras, llena de rostros alegres, subidos de color que venían de la *Madonna* del Pilar, el Auteuil de Turín. Estábamos en mitad de la calle Vanchiglia, cuando entre las siete filas de nuças que estaban ante mí, vi una que me pareció reconocer: era de un hombre, un obrero en apariencia, que tenía abierto el diario *Por la idea*. ¿Dónde había visto yo aquella ancha nuca? Junto á él estaba sentado un muchacho con la cabeza apoyada en un brazo, y al lado del muchacho una mujer, que al volverse durante un momento iluminó mi memoria. Era el tal, aquel operario llegado del

Vercellese sin trabajo y rabioso, el cual, dos meses atrás, en el tranvía de la calle Cernaia, había arrancado de la mano de un chiquillo y tirado en mitad del arroyo el caramelo que yo le había regalado. ¡Maldita sangre! No pude contener á tiempo el odio y el desdén que me invadió, aun cuando el diario que tenía en la mano me dijera que su mente se había abierto á nuevas ideas, como su vestido y el de los suyos me decía que había encontrado trabajo y que su ánimo debía haber cambiado mucho. Luego sentí viva curiosidad; pensé que quizá si me viera recordaría su acto de aquel día, y tenía deseos de saber si en esta ocasión despertaría su cólera como aquella vez, ó si me miraría con indiferencia. Esperé que bajaran, y al llegar á la calle Lagrange se levantaron los tres, presentándoseme de perfil, tan cerca, que al bajar no podían menos de verme. Encontré primero la mirada de la mujer, que me miró fijamente para reconocermé, como me reconoció después de un momento de incertidumbre, entornando ligeramente los ojos. Encontré luego la mirada del obrero, que me reconoció también, y me echó una mirada torva, frunciendo el entrecejo.

—¿Tengo yo—pensé,—tan odiosa facha de burgués egoísta y de explotador de obreros, para que no me haya perdonado todavía, después de dos meses, un acto de cortesía?

Y de nuevo estuve á punto de dar rienda suelta á la cólera y al desdén que me dominaban; pero el grito de «¡adelante!» del cobrador, me detuvo como una palabra mágica: recordé el «adelante» con el cual un joven apóstol, ardiente de la idea, una de las almas más generosas que he conocido, terminaba siempre su relato de los actos de ingratitud y desconfianza injuriosa con que

le pagaban algunas veces los obreros, los actos suyos de nobleza y apostolado. «Adelante», «adelante», decía, y se ponía á trabajar con un valor heroico y la paciencia de un santo. ¿Qué otra cosa son esos resentimientos, sino los dejos miserables del orgullo estúpido que los hombres sintieron en la edad antigua? ¡Adelante!

*
*
*

Sí, «adelante»; hé aquí una buena terminación de discurso; sí «adelante», ¡palabra fácil de decir á nuestro orgullo! Lo malo es que este orgullo, cuando se le habla de este modo, deja decir y parece empequeñecerse, y luego á la primera ocasión empieza á hacer de las suyas. Esas buenas palabras las dije yo al mío á la tarde siguiente entrando en una jardinera de la calle de Roma, y teniendo cerca de mí á tres varas de distancia á *Siapure*, que tenía al lado á su hija, y fueron palabras que se perdieron en el viento. La niña, que estaba un poco de lado, me miraba con insistencia singular. Ciertamente me conocía, ciertamente que había «leído» alguna cosa, pero no acerté á comprender el sentimiento que brillaba en su mirada, que parecía tener aquella expresión incierta de cuando se mira á una persona pensando en otra. ¿Había oído á su padre hablar mal de mí? ¿Le había oído hablar de mí

con palabras benévolas, y la había recordado nuestra amistad rota? Sentía cierto malestar bajo la mirada de aquella niña de diez años, que parecía que me atravesaba el alma y cuyos ojos decíanme dulcemente:

—Sé que mi padre te quiere aún: ¿por qué no le das la mano?

A veces creí leer en aquellos ojos una expresión distinta:

—Odias á mi padre; ¿por qué le odias?

—No, hija mía—le contestó mi corazón,—tranquilízate, no le odio; no podría ni lo merece; yo no tengo la culpa. Sí, ciertamente debería ser, como tú piensas, el primero en tenderle la mano; pero para hacer esto debiera ser razonable y bueno, y no soy ni lo uno ni lo otro; aunque haya escrito alguna cosa que lo haya podido hacer, y aunque veas sobre mi cabeza cabellos grises, estoy lleno de orgullo. ¡Ah! ¡si supieses cómo ese pobre orgullo nos empequeñece! Mira, junto á vosotros hay un sitio vacío; siento una voz que me dice que baje al estribo y que vaya á sentarme al lado de tu padre; siento otra voz que me dice:

—Estate quieto; no te muevas.

La primera es dulce y me entenece; la segunda es áspera y me horroriza, y no obstante, cedo á esta última, y esto me dá vergüenza, querida niña, pero prefiero esta vergüenza á la complacencia profunda que experimentarías si hiciera yo lo que tú quieres que haga. ¡Vaya, vuelve la cabeza hacia otro lado, y no me mires más; no merezco la mirada de tus ojos buena é inocente, te lo aseguro!

Pero en aquel momento el tranvía se paró y *Siapure* se volvió para mirar lo que llamaba la atención de su hija. Me vió y se fijó en mí. Aquel

hubiese sido el momento oportuno, pero le dejé pasar.

—¡Adelante!—gritó el cobrador.

Y el tranvía volvió á emprender su marcha. ¡Cuán distinto sonó para mí aquel «adelante» de aquel que oyera el día anterior! Sí, adelante—quería decir esto,—adelante siempre, orgulloso, mezquino y rencoroso hasta la muerte.

*
* *

—Adelante—gritaba también aquel obrero, que me calificaba de politicastro cada vez que el tranvía se paraba en el paseo de San Mauricio la noche de la fiesta de San Pedro. Tenía al lado á su mujer; debía haber festejado su propio santo y estaba completamente embriagado. Las lámparas y faroles, danzando y multiplicándose ante sus ojos, confundían sus ideas topográficas; creyendo que estaba en el Valentino, se asombró al ver allí la Mole Antoneliana, que apostrofó; tomó la arena turinesa por una barca de marineros, y la vista impensada de la plaza del Benne le maravilló como una aparición fantástica.

—«¿Dónde estamos?»—exclamaba á cada momento,—«¿dónde vamos?»

Y tenía la manía de que el tranvía no se parara, y gritaba siempre: ¡adelante! con furia creciente. Luego quedó amodorrado durante algunos

momentos, y después, al despertarse, asaltóle un ímpetu de lierna melancolía por su mujer, y pasando un brazo alrededor de sus hombros y la cabeza inclinada sobre la espalda, empezó á confesar sus culpas diciéndola que era una santa y buena mujer, que él era indigno de ella, que quería cambiar de vida, y que se lo prometía y juraba, pero antes quería ser perdonado. Era en vano que ella le dijese que sí, que le perdonaba, que se estuviera quieto y que no hiciera el tonto. A cada una de sus afirmaciones de perdón, no hacía más que dar una nueva y más ancha vía de palabras de arrepentimiento entrecortadas por los sollozos del llanto, y vino.

—«No; no soy digno de ti... ¡Ah! no, Marieta mía... ¡Dime que me perdonas!... ¡Dime que me quieres! Dime que soy un bruto... pero perdóname, perdóname.»

Y de nuevo señalaba las propias culpas, realzando las virtudes de ella: lo bien que le había cuidado una vez que estuvo enfermo; el remordimiento que tendría siempre de no haberse portado con ella como un buen marido, y afirmando que estaba dispuesto á demostrar que la quería, cambiando de conducta y perseverando en la buena vida y costumbres «hasta el fin de su vida». Y en esta erupción de palabras avinadas y como sueltas, se advertía, sin embargo, y saltaba á la vista de todos, el fondo bueno de una naturaleza no pervertida todavía, que hacía pensar seriamente en tantas otras naturalezas parecidas, á quienes los vicios habían pervertido y andaban pervirtiendo de continuo; en las miserias y martirios de innumerables pobres mujeres como aquellas torturadas y muertas por el veneno maldito que ellos no bebían; y en toda aquella larva de hombres envenenados y mujeres infelices que yo veía ante

mí pasar por el aire como una bandada triste en aquellas hermosas noches estrelladas de fin de Junio. Triste y pesaroso con mezcla de remordimiento y de vergüenza, pensaba yo que ninguno cumple con su deber y que debiera emprenderse una cruzada universal, enérgica é infatigable contra todos los vicios, no por medio de leyes y de discursos, sino disputándose unos á otros sus víctimas con amor, con consejos, con ruegos, con la caridad, con la comunión intelectual, con todas las fuerzas que puedan ponerse en obra para salvar del suicidio á un hermano.

FIN DEL TOMO PRIMERO